

GRADES

Gramática, Discurso e Sociedade

Universidade de Vigo

D T C L

**Documentos de Trabajo
en Ciencias da Linguaxe**

Documento #1

**Una propuesta de modelo de
clase social para la investigación
en sociolingüística**

Daniel Pinto Pajares

Outubro 2016

ISSN: 2530-2752



Esta obra ten unha licenza Creative Commons [Atribución 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

Una propuesta de modelo de clase social para la investigación en sociolingüística

Daniel Pinto Pajares
Universidade de Vigo
danielpinto@uvigo.es

Resumen

En este artículo se expone un esquema de clase social que pretende ser una herramienta de trabajo en sociolingüística. El tratamiento que se le ha dado a la clase social en algunas corrientes como el constructivismo social de los EEUU la desliga de su relación con la identidad social. Solo recientemente se ha abordado esta categoría en las investigaciones de algunos académicos de Reino Unido. Por ello, el objetivo que se persigue consiste en proporcionar al investigador en sociolingüística un esquema que relacione estructuras y conceptos para tratar la clase social como un elemento crucial en las relaciones sociolingüísticas. Este artículo repasa algunas de las teorizaciones más relevantes de la clase social para destacar algunos conceptos que posteriormente servirán para explicar el modelo propuesto.

Palabras clave: Compartimento social, fracción, estrato, capital, coyuntura.

Introducción

La cuestión de las clases sociales como objetos empíricamente identificables y como artefactos para el análisis científico ha dado mucho de qué hablar en numerosas ciencias sociales como la economía, la sociología o la política, entre otras. Y no es para menos, ya que la clase social continúa siendo origen de disensiones en el seno de la comunidad académica. Algunos afirman categóricamente que las clases sociales ya vienen dadas en la realidad objetiva y se esmeran en localizar, bautizar y distinguir cada una de ellas, agregando en su interior a un número determinado de individuos sobre la base de una disparidad de criterios cuantitativos y cualitativos. Otros, en cambio, asumen la categoría de clase social como un instrumento de estudio, rechazando en todo caso su existencia objetiva en el mundo social en tanto que este se encuentra conformado por discontinuidades difícilmente consistentes como para ser recortadas. Ante una problemática, resulta curioso que el científico acabe casi siempre tropezando con su par opuesto tal y como apuntara Bachelard

(1967). En esta ocasión, se va a dejar a un lado la controversia que genera el debate sobre si las clases son, o no, reconocibles en la sociedad. El objetivo que se persigue en este artículo es sugerir y explicar un modelo de la clase social como herramienta que sirva para los investigadores en sociolingüística. En esta disciplina, aunque existe una interpretación habitual que concibe la clase social como una variable conformada por una secuencia de criterios, es necesario aportar modelos de clase social que vayan un paso más lejos y sean concebidos como un constructo teórico que se puede utilizar, más que como categoría, como instrumento de investigación. Ha de quedar claro que este será un modelo más de los múltiples que se encuentran en la sociolingüística, por lo que su aplicación teórica dependerá en gran medida de las necesidades y objetivos que se plantee cada investigador.

En primer lugar, se exponen brevemente las teorizaciones más relevantes sobre la clase social y sus conceptos fundamentales para entender la concepción propia que se presenta en este trabajo. No se trata de un repaso histórico a las diferentes conceptualizaciones que se han aportado en el terreno de la sociología sino de una selección de las nociones que se han tomado de ciertas teorías con el objetivo de redefinirlas y combinarlas para aportar un nuevo modelo. En segundo lugar, se muestran algunos de los trabajos más importantes que han contribuido a hacer de la clase social una herramienta de trabajo en la investigación en sociolingüística. En tercer y último lugar, se describe la estructura y el funcionamiento del propio modelo de clase social.

1. Concepciones de clase social

Ya desde la Antigüedad, las clases sociales han sido concebidas como conjuntos de personas que comparten ciertos rasgos sociales comunes. Los primeros en emplear esta noción fueron los censores romanos que empleaban la palabra *classis* para dividir la población en grupos fiscales, diferenciando al menos entre *asiduii* y *proletarii* según su nivel de ingresos (Dahrendorf, 1959). Así, a lo largo de la historia, el concepto de clase social ha ido bebiendo de aportaciones de innumerables disciplinas. En el caso que nos ocupa, la

sociolingüística analiza datos que permiten aumentar el conocimiento sobre la variación social de la lengua, por lo que se trata de una disciplina inherentemente sociológica. Y es precisamente en el terreno de la sociología en el que se han dado las conceptualizaciones de clase social más importantes para la propuesta de modelo que se presenta en este artículo.

Tradicionalmente se asocia a Comte con los orígenes de la sociología, pero varias décadas antes Saint-Simon (1821) ya había expuesto una concepción social en la que las clases se oponían entre sí, pero plantea estos conceptos de una manera confusa porque en ocasiones denomina *industriels* a los trabajadores *industriales* mientras que otras veces les nombra como *proletaires*.

Más tarde llegaría el que puede considerarse momento fundacional de la teorización de clase social de la mano de Marx (1976), quien, a pesar de no haber proporcionado una conceptualización formal, enumeró una lista de grupos de personas según la relación de cada uno con los medios de producción. Marx y Engels (2009) concebían la sociedad como un producto histórico que había pasado de formas primitivas de organización donde la división del trabajo era muy pequeña y, por ende, no había excedentes de productos, a formas de sociedades más complejas en las que se producía una mayor riqueza que iba acompañada de una apropiación de ese excedente y, como consecuencia, se generaban unas relaciones de explotación entre una mayoría productora —proletariado— y una minoría no productora —burguesía. De esta manera, la concepción marxista asegura que toda sociedad se organiza con base en las relaciones de producción, las cuales dan lugar a una estructura dicotómica de clases.

Posteriormente, Durkheim (1967: 25) continuó con una perspectiva marxista pero adoptando una nueva dirección más cultural tal y como él mismo explica:

Du moment que, au sein d'une société politique, un certain nombre d'individus se trouvent avoir en commun des idées, des intérêts, des sentiments, des occupations que le reste de la population ne partage pas avec eux, il est inévitable que, sous l'influence de ces similitudes, ils soient attirés les uns vers les autres, qu'ils se recherchent, entrent en relation, s'associent, et qu'ainsi se forme peu à peu un groupe restreint, ayant sa physionomie spéciale, au sein de la société générale.¹

De esta exposición se desprende que el sociólogo francés abandona las relaciones de producción capitalista como piedra angular de su teoría sobre las clases sociales, aportando la noción de grupos ocupacionales que supone la agregación de individuos con elementos similares en estratos continuos (ibíd.).

Tras Marx y Durkheim, la tercera teoría básica en relación con las clases sociales procede de Weber (1968) que, al igual que el segundo de los nombrados, considera que la estratificación social no se deriva principalmente de las relaciones entre individuos en términos de medios de producción. El pensamiento de Weber parte de una distribución de los individuos según su posición ocupacional, su estatus y su poder o autoridad. Así, entiende una clase social como el conjunto de personas que comparten intereses comunes y las fundamenta en términos de producción y consumo de bienes.

Probablemente, el principal matiz que aporta Weber es la diferencia del estatus personal a través de la introducción de estilo de vida o estilización. Para el autor alemán (ibíd.: 306), la posición en una clase social no implica una correspondencia necesaria con un estatus determinado: «The class position of an officer, a civil servant or a student may vary greatly according to their wealth and yet not lead to a very different status since upbringing and education create a common style of life²». La estilización que propone ha de ser entendida como una amalgama de posiciones y actividades como el patrimonio heredado o el tipo de

¹ Traducción propia: Desde el momento en que, en el seno de una sociedad política, un cierto número de individuos encuentran que tienen en común ideas, intereses, sentimientos, ocupaciones que el resto de la población no comparte con ellos, es inevitable que, bajo la influencia de esas similitudes, se sientan atraídos entre sí, que se busquen, entren en relación, se asocien, y que así se forme poco a poco un grupo estrecho, con su fisonomía especial, en el seno de la sociedad general.

² Traducción propia: La posición de clase de un oficial, un funcionario o un estudiante puede variar mucho en función de su riqueza y no dar lugar a un estatus muy diferente ya que la crianza y la educación crean un estilo de vida.

vivienda (apud Block, 2014). Por consiguiente, Weber (1968) concluye la distinción entre clase social y estatus asegurando que las clases se estratifican atendiendo a las relaciones de producción y de adquisición de bienes mientras que los grupos de estatus lo hacen de acuerdo a su consumo de bienes representado por estilos de vida diferentes.

Después de estas tres teorías clásicas, otros autores más recientes han llevado a cabo numerosos estudios para tratar de clarificar la idea de clase social. En este sentido, cabe destacar a Thompson (1980), que no concibe esta cuestión como una suerte de encasillamiento estático de un individuo en una u otra categoría social. Más bien, se propone documentar las experiencias para examinar cómo contribuyen a construir posiciones de clase en la sociedad. Y son las experiencias comunes las que, articulándose en forma de identidades para defender los intereses de un grupo, derivan en clases sociales (ibíd.). La concepción de Thompson no ha estado exenta de críticas por parte del marxismo ortodoxo desde su célebre fórmula «lucha de clases sin clases», acusada de definir la clase social en términos de conciencia de clase en lugar de las relaciones de producción. Sin embargo, esa fórmula ha de entenderse de la siguiente manera: las condiciones de lucha de clases, encarnadas por los antagonismos objetivos y los conflictos de intereses, son anteriores a la formación de las clases en tanto que las personas experimentan sus situaciones de clase a lo largo del proceso de lucha (Thompson, 1978).

Otro de los autores que rechazan la completa determinación del criterio económico en la formación de las clases sociales es Poulantzas (1973). Para el sociólogo greco-francés, la estructura de clase —conformada tanto por las relaciones de producción como por las relaciones de dominación políticas e ideológicas— determina las prácticas de clase. Pero nos interesa especialmente su noción de fracciones, que utiliza para denominar grupos de personas que el marxismo había identificado en el interior de cada clase como frutos de diferenciaciones económicas relevantes. Estas fracciones podrían variar en función de lo que Poulantzas (ibíd.) denomina coyuntura, de manera que las fracciones de clase pueden

fluctuar en un sentido u otro dependiendo de condiciones externas a ellas y estableciendo así diferencias en el propio seno de la división de clases. Pese a que la tradición marxista había empleado de manera indistinta conceptos como fracción y estrato, Poulantzas sí que establece una diferenciación especialmente relevante para el modelo de clase social que se propone en este artículo. Para este autor, las fracciones pueden convertirse en fuerzas sociales en tanto que se conforman como grupos autónomos mientras que los estratos no cuentan con esta particularidad, deviniendo así en grupos más volátiles (íbid.).

Asimismo, el tratamiento de las clases sociales cuenta con un antecedente crucial en Bourdieu (1979), quien rechaza abordar esta cuestión a partir de los baremos tradicionales de renta, ocupación y educación. Más bien, conceptualiza la clase en términos de una cierta distribución de propiedades en el espacio social que confieren a su detentador un poder determinado. Los agentes confluyen en el espacio social a través de cuatro ejes fundamentales (íbid.): el capital económico, en forma de riqueza, renta y propiedades; el capital cultural, entendido como competencias culturales; el capital social, en forma de recursos basados en asociaciones con redes personales que pueden proporcionar oportunidades; y el capital simbólico, que es la forma que toman los tres anteriores cuando son reconocidos como legítimos. Estos capitales, indica Bourdieu (1997), pueden existir en tres estados que adaptamos a continuación a partir del original:

1. Incorporado: en forma de conocimientos, competencias, habilidades u orientaciones. Por ejemplo, el capital cultural engloba el conocimiento sobre música, historia o política, y el capital social puede representar las percepciones de lo posible como efecto de la interacción con los demás.
2. Objetivado: se trata de los bienes y recursos, como las obras de arte en el caso del capital cultural, el dinero en el capital económico y un grupo de individuos en el capital social.
3. Institucionalizado: como las calificaciones escolares en el caso del capital

cultural.

Así pues, la distribución de los diferentes tipos de capital determina la forma de los campos sociales —redes de relaciones entre posiciones—, cuyo reparto, a su vez, da lugar a una forma concreta del espacio social. Esta forma no permanece estática en el tiempo, sino que puede transformarse en la medida en que los agentes sociales inviertan sus capitales (Bourdieu y Wacquant, 1992). Por consiguiente, el espacio social deviene en una suerte de mercado que establece un precio social a los discursos según se adecúen o no a unas normas de interacción que reflejan las relaciones de poder entre los actores sociales (íbid.). La posición que ocupe un agente concreto en el espacio social le confiere tanto poder según sus propias prácticas, las cuales configuran unas leyes de formación de precios en cada mercado lingüístico, otorgando mayor o menor legitimidad de habla a dicho agente (íbid.).

Hasta aquí, se han repasado brevemente las teorías sobre las clases sociales consideradas más relevantes con el objetivo de extraer conceptos que permitan clarificar la exposición del modelo de clase social que sigue a continuación.

2. La clase social en la sociolingüística

Desde los orígenes de la sociolingüística, la cuestión de la estratificación social ha supuesto una cuestión controvertida en tanto que los parámetros económicos en los que tiende a basarse se han asociado con planteamientos políticos muy dispares. En esta disciplina, la clase social ha sido tomada como punto de encuentro entre los diferentes grupos humanos y la variación social de las lenguas.

La introducción de la variable clase social al análisis sociolingüístico se la debemos a Labov (2006), quien, en su célebre estudio sobre la estratificación social en Nueva York, descubrió que la pronunciación en inglés de ciertos fonemas va asociada a la pertenencia a determinados grupos socioeconómicos. A partir de esta premisa, el sociolingüista estadounidense pudo concluir que los trazos lingüísticos que presenta una persona

permiten identificarle en una clase social u otra.

No obstante, en la sociolingüística interaccional la clase social no se ha visto tradicionalmente como un tipo relevante de identidad social, tal y como representa el paradigma constructivista en los Estados Unidos (Theodoropoulou, 2014). Más bien, ha sido recientemente cuando la clase social ha recibido atención en los estudios sociolingüísticos, especialmente en Reino Unido con autores como Eckert (2000), Bernstein (2003), Rampton (2006), Coupland (2007), Snell (2012) y Block (2014, 2017).

Eckert (2000) se centra en algunas variables sintácticas y fonológicas para confirmar que el uso que los adolescentes les dan a esas variables está relacionado con un macronivel de categorías sociales, como la clase. Sin embargo, la autora no percibe una correlación entre el uso de las variables vocálicas de los adolescentes y de sus padres, por lo que las identidades de los individuos están moldeadas por su participación en diferentes comunidades de práctica. Pese a esta aparente no relación entre las variables lingüísticas y la pertenencia a una clase social concreta, Eckert (ibíd.) afirma que el acceso de los individuos a diferentes comunidades de práctica está mediado por su lugar en la sociedad, posicionamiento que se concreta en categorías como la clase social. Así pues, el estudio de Eckert no niega la importancia de la clase social pero trata de ir más allá del modelo estructural de clase social mediante la aplicación de una noción más flexible que entienda la clase como un constructo de prácticas cotidianas.

Tomando la base sociológica de Labov, un exponente del estudio sociolingüístico a través de la clase social fue Bernstein (2003), quien aseguró que el uso lingüístico dentro de una clase social determina cómo las personas le dan significado a las cosas de las que hablan. Así, los discursos de cada clase social difieren en términos de nivel de estructura y de léxico, lo que permite anticipar ciertas características lingüísticas.

Rampton (2006) ha tratado la clase social con suma precisión, recorriendo las aportaciones de autores clásicos como Volóshinov, Foucault, Raymond Williams o

Bourdieu, entre otros. A través de una investigación centrada en jóvenes estudiantes, el autor demuestra cómo estos presuponen constantemente la clase social como un conocimiento tácito a partir de la identificación de los acentos “elegante” y *cockney* de Londres. Rampton descubre que los jóvenes londinenses modulan sus estilizaciones de las características fonéticas y morfosintácticas para moverse hacia el acento elegante y el *cockney*.

A partir de estos hallazgos, Rampton (ibíd.) afirma que la clase social es el resultado de la interacción de dos niveles: la actividad práctica y las metarrepresentaciones. Por un lado, la actividad práctica incluye “las condiciones materiales, los discursos cotidianos, las actividades y prácticas experimentadas de manera diferente por distintas personas en distintos momentos y lugares”. (Rampton, 2006: 222, traducción propia). Por otro lado, el nivel de las metarrepresentaciones abarca las ideologías y discursos sobre los grupos sociales y las relaciones de poder entre ellos, así como las diferencias de posición en el acceso a las condiciones materiales (ibíd.). De este modo, asegura que si se asume que la clase social forma parte de la valencia indexical de las formas y variedades lingüísticas, se puede introducir la clase dentro de nuestros análisis sin asumir que las identidades de clase sean una preocupación central para los hablantes (Rampton, 2006: 303).

Coupland (2007) reanaliza los datos obtenidos años antes en un estudio llevado a cabo en una agencia de viajes de Cardiff donde estudiaba cuatro variables fonológicas en el discurso de 51 clientes con una de las asistentes de ventas, Sue. En aquel estudio (Coupland, 1984), el autor llegó a categorizar a esos hablantes en seis grupos de clase social según su uso más o menos estándar de las variables fonológicas. Sin embargo, Coupland (2007) asegura que esa interpretación simplifica en exceso los significados sociales de la clase, por lo que vuelve a examinar las grabaciones y detecta que el uso de las variables fonológicas en Sue tienen diferentes significados dependiendo del contexto en el que se pronuncian. Así, no se puede demostrar un significado de una clase social concreta en Sue

cuando adopta diferentes estilos a lo largo de una misma conversación. Por consiguiente, Coupland (2007) asume que no existe una correlación necesaria entre el registro discursivo y el significado de clase social.

Paralelamente, esta falta de correspondencia automática entre formas lingüísticas y clases sociales que se comentaba anteriormente también es corroborada por Snell (2012) a través de un estudio en dos colegios de Primaria en la ciudad británica de Teeside. La autora analiza la variación gramatical y discursiva en alumnos de áreas de clase trabajadora-baja y de clase media-baja. Aparentemente se observa que la palabra *howay* está relacionada con la clase social en tanto que hay diferencias en la frecuencia del uso entre diferentes grupos sociales. Sin embargo, tras un análisis interaccional se demuestra que esta forma no tiene un significado fijo sino un rango de significados potenciales relacionados con la autoridad y la igualdad. Snell (ibíd.) concluye que los significados de clase social forman parte de la valencia indexical de *howay* incluso aunque las indexicalidades más inmediatas puedan ser más relevantes para los hablantes cuando emplean esta forma al interactuar.

El último de los autores citados, Block (2014), redefine el concepto de clase social en unos tiempos en los que las políticas neoliberales han incrementado las desigualdades socioeconómicas entre la población, lo cual conlleva repensar qué parámetros conforman actualmente la identidad personal. Así, este autor ve en la clase social una pieza clave en la actual y futura investigación en lingüística aplicada, como en la sociolingüística, el estudio del bilingüismo y el de la adquisición lingüística.

Este autor concreta su concepción de la clase social en una serie de variables multiniveladas organizadas en categorías generales que, a su vez, se dividen en diversas dimensiones (Block, 2017), algunas de las cuales se reproducen a continuación:

1. Condiciones materiales de vida: relaciones con los medios de producción.
2. Recursos económicos: propiedad (bienes electrónicos, ropa, arte, etc.), ingresos (salario), riqueza acumulada (ahorros e inversiones).

3. Recursos socioculturales: ocupación (mano de obra, trabajo profesional, etc.), educación (nivel formal alcanzado y capital cultural correspondiente), conocimientos tecnológicos (habilidad para manejar las nuevas tecnologías), redes sociales (personas asociadas con regularidad en términos de clase), etcétera.
4. Comportamiento: patrones de consumo (selección de tiendas, compra de marcas, consumo ecológico, etc.), comportamiento simbólico (movimiento del cuerpo, forma de vestir, de hablar, de comer, etc.) y ocio (golf, esquí, participación en foros online, etc).
5. Condiciones de vida sociopolíticas: vida política (posición en las jerarquías de poder), calidad de vida (confort y riqueza física y psicológica) y tipo de barrio (obrero, de clase media, área en proceso de gentrificación, etc.).
6. Condiciones espaciales: movilidad (movimiento físico, desde lo local a lo global), proximidad a otras personas durante las actividades cotidianas, dimensiones del espacio ocupado (diseño de la vivienda, tamaño de la habitación y de la oficina, etc.) y tipo de vivienda (casa individual, estudio, etc.).

Una vez repasados los modelos anteriores, en este artículo se propone un esquema basado en dos ejes que permite tratar la clase social como una noción flexible basada en un conjunto de criterios pero, a la vez, sin renunciar a las etiquetas que le pueda dar el investigador en sociolingüística como forma de localizar y agrupar diferentes grupos sociales.

3. Modelo de clase social

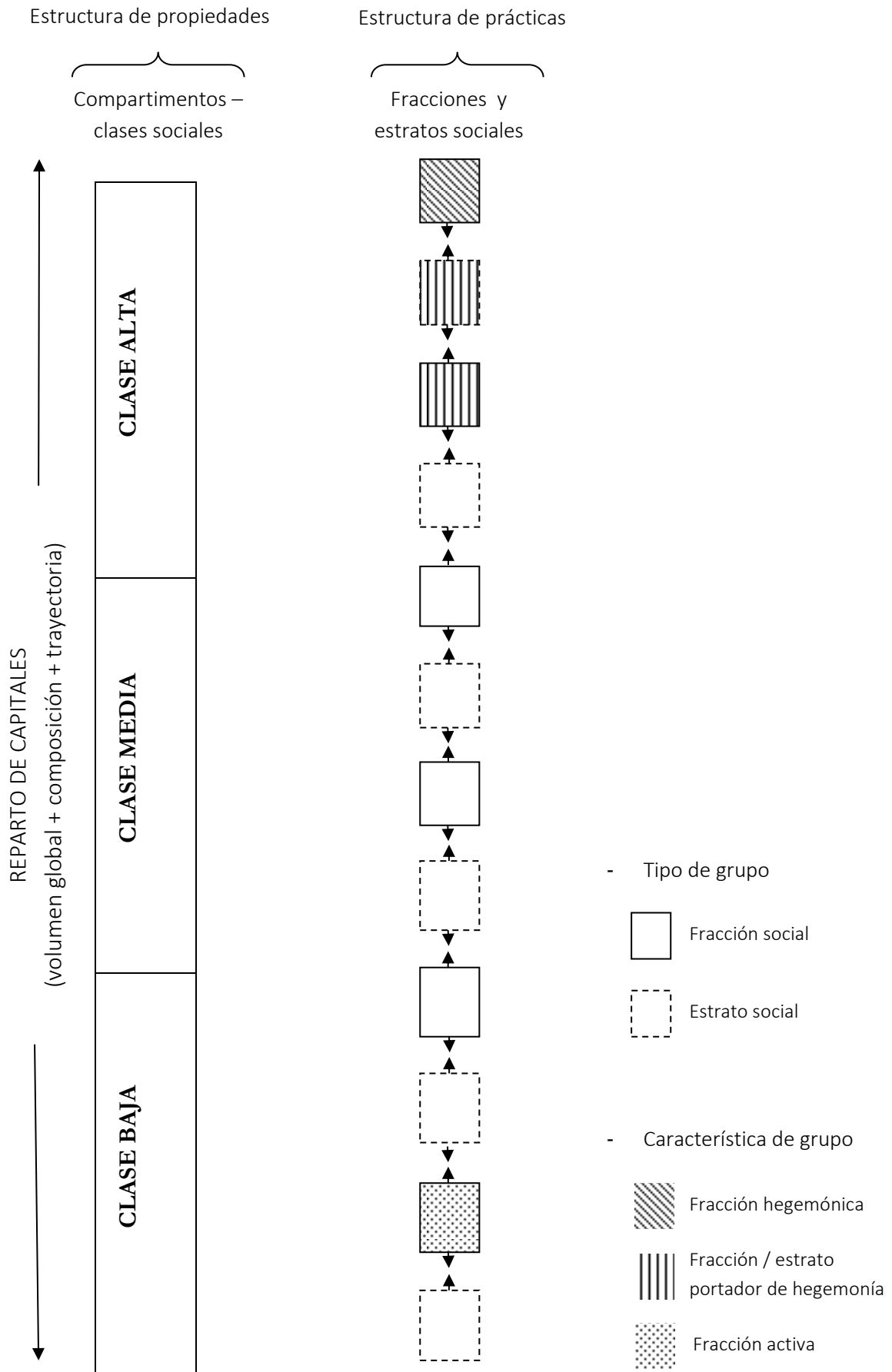
En este apartado, se presenta un modelo de herramienta para trabajar en sociolingüística con la clase social. Para que un instrumento sea válido en las diferentes corrientes dentro de una misma disciplina, se ha de tener en cuenta los numerosos paradigmas entre los que tiene que elegir el investigador e intentar que esa herramienta sea efectiva en todos los

casos.

A lo largo de este apartado se muestra un modelo analítico de clase social adaptativo a las múltiples disyuntivas con las que se enfrenta el sociolingüista, como la metodología de trabajo o la designación de las categorías sociales. La propuesta que se presenta no pretende en modo alguno constituirse como un patrón exacto que solo sea útil en determinados casos. Por el contrario, se describe un modelo polivalente a las distintas exigencias de investigación en sociolingüística, de tal manera que el investigador pueda tomar como base este modelo en cuanto a su estructura pero, a su vez, pueda adaptar su contenido a sus propios requerimientos de trabajo.

Una vez puntualizada esta flexibilidad, se va a pasar a explicar el modelo de clase social que se propone. Para facilitar su comprensión, a continuación se reproduce un esquema que ayudará a visualizar la descripción:

Esquema 1: Modelo de clase social



3.1 Estructura general

El modelo de clase social que se acaba de representar gráficamente está compuesto de dos ejes verticales colocados uno al lado del otro para visualizar fácilmente la correspondencia entre los elementos de ambos. Asimismo, una leyenda en la esquina inferior derecha ayuda a descifrar el contenido del modelo.

El primero de los ejes se denomina estructura de propiedades y se trata de una columna con tres compartimentos estancos que se refieren a las tres macroclases con las que generalmente se divide a la población en numerosos estudios económicos y sociales. Las líneas continuas que circundan esta columna simbolizan su carácter estático en la medida en que cada compartimento-clase social es un cajón a priori vacío de contenido que marca bien sus fronteras con el compartimento contiguo, motivo por el cual se ha decidido denominar compartimento-clase social a cada uno de estos cajones. No obstante, para agilizar la lectura de la explicación, a partir de ahora se evitará esta designación doble para nombrarlos simplemente con el término compartimento social, aunque en alguna ocasión se retomará ese nombre original para explicar determinados aspectos. Asimismo, se elige de forma preferente el término compartimento y no clase para evitar posibles malentendidos ante una categoría con tantas connotaciones y usos.

Tal y como se observa a la izquierda de esta columna, dos flechas ascendente y descendente simbolizan el reparto de los capitales³ entre los tres compartimentos. Esto no significa que el investigador deba asignar un nivel determinado de capital a cada una de las personas que estudia, puesto que de momento se está hablando de casillas vacías; por el contrario, los elementos que reciben una asignación concreta de nivel de capital son cada compartimento social. Según el volumen global de capital en una sociedad dada, la composición del mismo y la trayectoria histórica de esa sociedad en relación con el capital,

³ Como se explicará en el próximo apartado, no ha de equipararse el capital con el capital meramente económico, pues el primero engloba varios tipos de recursos, incluido el económico.

a cada sociedad le corresponde un monto total de capital que, posteriormente, se repartirá entre los tres compartimentos sociales. Este es un ejercicio interpretativo por parte del investigador en la medida en que su juicio personal y su conocimiento de la sociedad que estudia son las fuentes en las que se basará para repartir el capital. Esta estructura permite aplicarse a cualquier tipo de sociedad independientemente de los recursos de los que disponga. Por ejemplo, si se estudia una sociedad crónica y generalizadamente pobre —tanto a nivel económico, como cultural, social y simbólico— como se pueden encontrar en África, el capital disponible para repartir es escaso; por consiguiente, el investigador diseñará una estructura de propiedades en la que el ratio de los capitales sea tan bajo que impida entregar una porción al compartimento social alto. Así pues, dicha sociedad no contaría con un compartimento alto en la medida en que no hay recursos suficientes para que el investigador le asigne un nivel determinado. Sin embargo, se puede dar el caso de una sociedad similar a la anterior respecto a una mayoría social pobre pero que, por el contrario, cuente con una minoría extremadamente rica. Esta situación implica un mayor nivel de capital total que el ejemplo anterior pese a que la mayoría social disponga de capitales similares. En la estructura de propiedades que se derivaría de esta sociedad, se repartiría un nivel determinado de capital a cada compartimento. Sin embargo, a la hora de insertar cada fracción y estrato social en uno u otro —funcionamiento que se explicará en detalle más adelante—, el compartimento bajo es el que más grupos sociales recibiría mientras que el compartimento alto se rellenaría mínimamente y el compartimento medio quedaría vacío, reflejando así la desigualdad social.

El segundo eje, llamado estructura de prácticas, alude a los distintos tipos de grupos sociales —fracciones y estratos— que se desarrollan en el espacio social. Tal y como se indica en la leyenda del gráfico, tanto el contorno de los cuadriláteros como su propio relleno resultan fundamentales para distinguir los distintos tipos de grupos sociales. Por el momento, hay que señalar que las relaciones que se establecen entre las fracciones y los

estratos se representan gráficamente con flechas a cada uno de los lados. En consecuencia, la estructura de prácticas adopta dos características contrarias a la estructura de propiedades: por un lado, es un eje construido con base en la movilidad continua de las fracciones y de los estratos que lo conforman y, por otro lado, es un lugar poblado en el sentido de que el investigador insertará a los individuos que estudia en este eje, y no en la estructura de propiedades.

Por último, cabe mencionar que la representación de dos ejes con un contenido distinto entre sí no ha de interpretarse como dos mundos sociales diferenciados sino como dos planos teóricos interconectados que permiten al investigador incorporar a las personas que estudia en la estructura de prácticas en tanto que eje móvil y, a su vez, en la estructura de posiciones en tanto que existe una correspondencia paralela entre cada fracción y estrato y un compartimento social.

3.2 Estructura de propiedades

El modelo que se presenta en este artículo se remite a la categoría clase social con la que muchos sociolingüistas trabajan para dividir y estratificar el espacio social en el que se asientan sus investigaciones. Pese a que el objetivo de este trabajo no es acercarse a una descripción de la estratificación del mundo real, sí que es necesario observar la sociedad con la cual se pretende establecer un modelo teórico de análisis.

En este sentido, el punto de entrada al esquema que se propone proviene de una concepción del espacio social como una construcción basada en una distribución de ciertos recursos simbólicos y materiales que, mediante la combinación de varios criterios, configuran las exigencias de pertenencia a cada compartimento social. Así, lo que se denomina estructura de propiedades es una estructura de distribución de capitales, o propiedades, que conforma tres compartimentos según el reparto de la totalidad de los recursos disponibles y activos en la sociedad que, en última instancia, confieren poder a quienes los detentan. Esta adjudicación no se realiza equitativamente, pues de ser así no se

distinguirían los tres compartimentos. Más bien, esa distribución de capitales confiere a cada compartimento social las exigencias de estos para que, posteriormente, las fracciones y los estratos de la estructura de prácticas puedan ser considerados miembros de un compartimento u otro. El reparto de capitales reúne tres factores (Bourdieu, 1987):

1. Volumen global: es la cantidad total de recursos de los que dispone un compartimento social. En este caso, el investigador debe interpretar subjetivamente la totalidad de capital disponible en la sociedad para adjudicarle un nivel a cada compartimento. Dada la múltiple naturaleza de los capitales —como se comenta en el siguiente punto—, no existe un equivalente claro y universal que facilite esta tarea. Polanyi (2001) ha enfatizado el ansia del capitalismo por hacer del dinero el equivalente de todos los aspectos de la vida y Bourdieu (1997) considera que el capital económico está en la raíz de los otros tipos de capital y, por tanto, este sería un medidor universal. No obstante, teniendo en cuenta que el valor de los capitales cambia constantemente, la capacidad interpretativa del investigador resulta un método más eficiente que la simple conversión de capitales.

2. Composición: el capital puede presentarse en distintas formas: capital económico, capital cultural, capital social y capital simbólico. El primero de ellos es el único que no necesita un periodo de tiempo más o menos largo para ser adquirido y cuenta con el dinero como símbolo de su representación (Bourdieu, 1994). De esta manera, el analista debe fijarse en la proporción de cada capital que asignará a cada compartimento de la estructura de propiedades. Por ejemplo, si considera que el capital cultural de una sociedad determinada se encuentra prácticamente recluso en la clase media —en tanto que desinterés por parte de la clase alta y dificultad de acceso para la clase baja—, la estructura de propiedades con la que trabajará otorgará la mayor parte del capital cultural en el

compartimento medio.

3. Trayectoria: se trata del recorrido histórico mediante el cual el volumen y la composición de capitales varían constantemente (Bourdieu, 1987). La estructura de propiedades que represente a una sociedad dada deberá tener en cuenta tanto la trayectoria personal de los agentes como, por ejemplo, el recorrido familiar e histórico, ya que estos factores contribuyen a formar la estructura de capitales de cada individuo en un momento concreto.

Teniendo presentes estas tres dimensiones, el investigador confiere un ratio concreto de cada capital a cada uno de los compartimentos sociales, los cuales no están nivelados en función del capital que detentan los actores sociales sino del capital total disponible en una sociedad. Al presentarse como una estructura estática, los compartimentos son inamovibles en el sentido de que no se pueden integrar unos con otros. Sin embargo, este estaticismo no implica un carácter ahistórico puesto que, como se ha mencionado anteriormente, los capitales son elementos volátiles que fluctúan en muchas direcciones. Dependiendo del momento histórico y social que viva una sociedad, unos capitales resultarán más operativos que otros para proporcionar poder social.

Asimismo, el elemento etnográfico incide directamente en el tipo de capitales que una cultura valora por encima de otros. Estas relaciones temporales y culturales no deben ser ajenas para el investigador, pues su misión es la de entender la sociedad con la que trabaja y valorar qué dispositivos ejercen mayor incidencia social y cuáles menos. Por lo tanto, la estructura de propiedades se construye con base en unas coordenadas espaciotemporales muy concretas.

Esta construcción que se ha representado gráficamente deja ver tres compartimentos sociales que tienen unas dimensiones iguales entre ellos. Esta elección no ha de interpretarse como que el tamaño gráfico de cada uno se relaciona con el volumen poblacional al que representa, pues el objetivo de este modelo no consiste en simbolizar a

la población total. De hecho, pueden existir casos en los que se prescindan de alguno de los compartimentos sociales en tanto que la distribución de capitales no asigna siempre un volumen determinado a cada uno. Entre los ejemplos que se comentaban en el apartado

anterior, se consideraba una sociedad en la que los recursos simbólicos y materiales son tan escasos que el reparto solo se da entre el compartimento medio y bajo. Así pues, aunque en el plano gráfico pueda dibujarse un compartimento alto, este será inutilizable para el investigador en la medida en que ninguna fracción ni estrato social se podrá asociar a él.

Del mismo modo, la estructura de propiedades de una sociedad con una desigualdad importante en los cuatro planos del capital —económico, cultural, social y simbólico— anulará el compartimento medio puesto que los niveles de capital de las fracciones y estratos de esa sociedad no se situarán entre el ratio que exige el compartimento medio.

Esta cuestión del número de compartimentos da lugar a otro dilema, esta vez de carácter nominal. Como se observa en el gráfico, la estructura de propiedades está formada por tres compartimentos que reciben el nombre de clase alta, clase media y clase baja, aunque ya se ha indicado que en este artículo se tomará de forma preferente la denominación compartimento social. La elección de estos tres apelativos se debe a su carácter no marcado y aparentemente neutral en la medida en que las personas tienden a ordenar jerárquicamente las categorías sociales y esta en concreto no despliega consideraciones secundarias sobre el mundo por parte del investigador. No obstante, la rigidez estructural de este eje no lo es en cuanto a los calificativos de sus componentes se refiere. En este sentido, el sociolingüista puede alterar los nombres de los compartimentos según dos criterios: su propia visión del mundo y los requerimientos de su trabajo.

En primer lugar, en la investigación sociológica existe un problema generalizado a la hora de agrupar a los individuos en diferentes escalas, lo cual ha conducido a muchos sociolingüistas a decantarse entre el modelo funcional de la estratificación social o la teoría

del conflicto. La perspectiva funcionalista concibe todo elemento societal como contribuidor del mantenimiento social de manera que la sociedad permanece unida gracias a normas y valores compartidos (Parsons, 1966). Por el contrario, las teorías conflictuales identifican los distintos elementos de la sociedad como contribuidores de la desintegración y del cambio (Lorenzo Cadarso, 2001). Por ejemplo, algunas de las categorizaciones conflictuales más importantes proceden de Marx (2009), con la división entre burguesía y proletariado, y de Dahrendorf (1959), que distinguió entre dominadores y subordinados, lo cual refleja una interpretación dialéctica mediante la cual los actores sociales niegan las acciones de sus adversarios produciendo cambios sociales. Así pues, la manera de interpretar el mundo por parte de cada investigador incide directamente en las categorías que se aportan y en el nombre que se les da.

En segundo lugar, la propia naturaleza de la investigación así como los objetivos que se persigan determinarán las designaciones de los compartimentos. Un trabajo que ordene cuantitativamente a la muestra de informantes según múltiples marcadores —como la ocupación laboral o el nivel educativo, entre otros— a los que les dé un valor numérico y cuya suma determine el estatus social de cada individuo (Rickford, 1987), necesitaría una estructura de propiedades donde los compartimentos reflejasen esa metodología, dando lugar a categorías como clase media-baja, clase media-media, clase media-alta, etcétera. Asimismo, si el cerco de la investigación se acota a un grupo social muy homogéneo en el que, no obstante, existen relaciones jerárquicas y de dominación y, por tanto, de estratificación social, los compartimentos adoptarán nombres en consonancia con estas exigencias, como clase alta, clase dominante o clase empresarial.

Para finalizar este apartado, cabe recordar el carácter estático de la estructura de propiedades en lo que se refiere a la imposibilidad de fluctuación de los distintos compartimentos sociales. Aunque, como se acaba de describir, esta rigidez no aparece a la hora de elegir los nombres de los compartimentos —que dependen de la visión personal

del mundo que tenga el investigador y de las exigencias prácticas del estudio —ni a la hora de dividir la estructura de propiedades en diferentes ejes —lo cual varía en función del tamaño del grupo y del tipo de sociedad que se estudie, pues a cada una de ellas le corresponde una distribución de capitales diferente.

3.3. Estructura de prácticas

Si en la estructura de propiedades es la distribución de capitales el factor crucial para describir el eje, la estructura de prácticas se forma con base en la coyuntura histórica y social que moldea el comportamiento de los agentes (Poulantzas, 1973). El comportamiento, encarnado en formas de prácticas concretas, está sujeto a reglas sociales específicas que definen la manera de actuar de cada grupo social, de forma que cada uno de ellos adopta un comportamiento diferente del que adoptarían con respecto a otros grupos (Schumpeter, 1984). Al identificarse como individuos con prácticas similares movilizadas por intereses similares, estos tienden a formar lo que Durkheim (1967) denominó grupos ocupacionales. Estos grupos solo se pueden concebir dentro de la oposición que implican las prácticas de clase, las cuales amoldan el terreno para la lucha de clases, por lo que, como indicó Thompson (1978), la lucha de clases es anterior a la formación de las clases. La estructura de prácticas alude precisamente a la formación de grupos sociales que, después de reconocerse en intereses, anhelos y aspiraciones comunes, se asocian, bien simbólica o materialmente, para actuar de forma coordinada.

La estructura de prácticas que se aporta se compone de dos tipos de grupo: las fracciones de clase y los estratos de clase. Ambas categorías son conjuntos de individuos que se reconocen y se relacionan sobre la base de similitudes en el volumen y la composición de sus capitales. La principal diferencia entre ambas radica en el nivel de autonomía del grupo, de tal manera que las fracciones se hacen autónomas a partir de ciertos factores como las experiencias comunes que moldean una conciencia, lo cual les permite convertirse en fuerzas sociales, mientras que los estratos no han alcanzado un

grado de autonomía suficiente como para incidir poderosamente en los cambios sociales (Poulantzas, 1968).

En el esquema, el trazo que caracteriza esta diferencia es el tipo de línea que circunda los cuadriláteros. Las líneas cerradas que dibujan el contorno de las fracciones simbolizan una cierta homogeneidad del grupo de tal manera que un agente que vaya a entrar en dicha fracción deberá invertir una gran cantidad de capital. Contrariamente, las líneas discontinuas de los estratos representan un grado alto de heterogeneidad dentro del grupo, lo cual le hace más inconsistente y falto de conciencia de clase.

Esta especie de apertura y cerradura de cada grupo no implica un carácter estático, como sí ocurre en la estructura de propiedades. En este caso, las flechas que se representan gráficamente en cada extremo de las fracciones y los estratos se refieren a la movilidad del grupo como un todo. Según la coyuntura histórica y social, cada fracción y cada estrato tenderán a moverse en un sentido u otro, adoptando distintas posiciones en el espacio social que se corresponderán con unos compartimentos sociales u otros. Por lo tanto, una fracción o estrato social determinado no tiene por qué considerarse indefinidamente como perteneciente a una clase social. Más bien, las condiciones coyunturales pueden hacer que una fracción se corresponda con un determinado compartimento social mientras que en otras circunstancias, esa misma fracción puede moverse hacia arriba o hacia abajo e insertarse en otro compartimento.

Esta estructura permite al investigador que, una vez analizadas las condiciones ambientales en las que la distribución de capitales es un rasgo crucial, las fracciones y los estratos no se mantengan rígidos en el tiempo. El hecho de situar gráficamente los dos ejes a la misma altura proporciona una correspondencia inmediata entre cada fracción y estrato, por un lado, y su compartimento social, por otro. Aunque en este esquema existan cuatro fracciones/estratos por cada compartimento, esto no imposibilita que puedan existir fracciones y estratos a medio camino entre dos compartimentos, o incluso que dos

fracciones o estratos compartan parte del mismo espacio. A continuación se comentan ambos casos.

En primer lugar, una fracción/estrato se puede situar gráficamente en terreno de dos compartimentos sociales distintos, lo cual simboliza la pertenencia de ciertos miembros de esa fracción/estrato en un compartimento-clase social y otros miembros en otro. Este hecho se puede deber a dos motivos.

Por un lado, algunos miembros de una fracción/estrato pueden adoptar los intereses y anhelos propios de su grupo, que les conduce a comportarse de un modo similar, pero realmente no cuentan con el nivel de capital que exige el compartimento al cual pertenece la mayoría de la fracción/estrato. Así pues, cierto grupo compartiría prácticas comunes y, por ende, una posición común en la estructura de prácticas, pero sus miembros no dispondrían de un nivel de capital similar entre sí y, por consiguiente, no se corresponderían con el mismo compartimento en la estructura de propiedades.

Por otro lado, puede darse el caso inverso, es decir, que ciertos miembros de una fracción/estrato compartan un nivel similar de capitales pero exista diferencias importantes en cuanto a intereses que les conduzcan a adoptar prácticas discordantes. Esta puede ser la situación de una persona originariamente situada en una fracción social del compartimento bajo o medio que recibe una cantidad importante de dinero gracias a un premio de lotería.

El nivel de capital actual de esta persona ha aumentado, pero su estilo de vida no tiene por qué variar, pues se siente miembro de una comunidad con unos intereses definidos. Por consiguiente, la fracción a la que pertenece esta persona aparecería a medio camino entre el compartimento bajo o medio —en tanto que correspondencia de prácticas— y el compartimento alto —en tanto que correspondencia de propiedades.

En segundo lugar, puede darse la circunstancia de que dos fracciones/estratos formen parte del mismo espacio social en la medida en que ciertas prácticas o capitales sean compartidos por algunas personas pertenecientes a fracciones/estratos diferentes. Esta

situación es más lógico que se produzca entre dos estratos porque como grupo fundamentalmente abierto, permite la entrada y salida de los agentes sociales de una manera más sencilla que una fracción, en donde la mayoría de sus miembros cuentan con una conciencia de pertenencia y de intereses que hacen a su grupo más autónomo con respecto a las injerencias.

Además de los dos tipos de grupos que aparecen en la estructura de prácticas, hay varios grupos que se representan en el esquema con el interior relleno de unas determinadas características gráficas que dan lugar a tres modelos: fracción hegemónica, fracción/estrato portador de hegemonía y, por último, fracción activa. A continuación se van a explicar las tres categorías y su relación con el esquema.

En primer lugar, la hegemonía se entiende como un proceso dialéctico que legitima creencias y prácticas en beneficio de un grupo social particular con el objetivo de controlar a la mayoría social (Gramsci, 1967). La fracción hegemónica es, por tanto, portadora de esta hegemonía y, a primera vista, podría equipararse con lo que se ha venido en llamar clase dominante, aunque no existe una equivalencia exacta entre ambas debido a dos cuestiones.

Por un lado, fue precisamente Gramsci (apud Williams, 1977) quien distinguió entre dominio y hegemonía, concediendo un cariz de dirigencia política y de coerción estatal al dominio mientras que la hegemonía tendría más que ver con el conjunto de dispositivos culturales que son capaces de asegurar relaciones de dominación mediante el consentimiento de la mayoría social. Por otro lado, de representarse gráficamente a la clase dominante, esta debe insertarse en la estructura de propiedades, no en la de prácticas, dado el conjunto de rasgos o propiedades privativas que posee.

El investigador social que trabaje con la clase dominante, habrá de añadir un cuarto compartimento en la estructura de propiedades, que como se ha mencionado, no es estática ni a la hora de emplear más o menos compartimentos ni a la hora de nombrarlos. De esta

manera, la fracción hegemónica sí que se correspondería con el compartimento dominante, pero en todo caso en ejes diferentes. En esta ocasión no se ha insertado en el esquema un compartimento dominante porque la naturaleza de la denominación tiene que ver con una concepción conflictualista que se ha decidido dejar al margen para adoptar una terminología más general.

La fracción hegemónica es siempre fracción, y no estrato, en la medida en que se trata de un grupo homogéneo que se constituye como fuerza social. Las características que la hacen hegemónica, como el control de los medios de comunicación de masas, le permiten actuar y moverse en el espacio social con una autonomía con la que no cuentan los estratos.

En segundo lugar, la manera en la que la fracción hegemónica ejerce su influencia da lugar al segundo elemento que aparece en la estructura de prácticas: las fracciones y estratos portadores de hegemonía. Estos grupos no son generadores de hegemonía en tanto que no reúnen los requisitos necesarios para producirla, pero se comportan como la propia fracción hegemónica en la medida en que se identifican con ella como miembros de su grupo, imitando prácticas y asumiendo roles similares. Al contrario que la forma de la fracción hegemónica, que es siempre una fracción, aquí se da la posibilidad de que esos grupos portadores de hegemonía aparezcan como fracciones o como estratos. El hecho de asumir un rol hegemónico no implica de forma alguna una cerrazón grupal, sino más bien lo contrario: numerosos agentes sociales entrarán a los grupos portadores de hegemonía si se identifican como sujetos generadores de la misma y que, aunque realmente no lo sean, les lleve a comportarse como tales y a reproducir los imaginarios de la verdadera fracción hegemónica. En consecuencia, los grupos portadores de hegemonía aparecen gráficamente representados como estratos y como fracciones.

En su conjunto, tanto las fracciones/estratos portadores de hegemonía como la propia fracción hegemónica se configuran en una alianza que funciona bajo la dirección de esta última, la cual genera la hegemonía, coordina las prácticas y reorienta la dirección de todo

el grupo (Poulantzas, 1973). Ahora bien, para que la fracción hegemónica goce constantemente del reconocimiento que le brindan las fracciones y estratos portadores de hegemonía, se necesita un artefacto que justifique la alianza interfraccionaria. Debray (1981) aplica el teorema de Godel al plano político y obtiene un jefe carismático como eje externo en el que se funda la verdad del grupo. De este razonamiento se infiere una suerte de religión social que configura la lealtad y la creencia de las fracciones y estratos portadores de hegemonía hacia la propia fracción hegemónica.

En tercer lugar se encuentran las fracciones activas que, aludiendo al concepto de minorías activas de Moscovici (1991), son grupos sociales que reaccionan ante el statu quo construido en buena medida con base en las normas hegemónicas. Estas fracciones se organizan en torno a uno o varios conflictos sociales desde una posición marginal, alternativa o incluso minoritaria con respecto al total de la población. Se pueden mencionar ejemplos como los grupos ecologistas, antitaurinos, feministas, a

ntiglobalización, etcétera.

Pese a la aparente distancia entre las fracciones activas y la fracción hegemónica, ambas emplean los mismos métodos y se mueven de la misma manera: las dos utilizan la hegemonía como recurso aunque experimentándola en posiciones estructurales diferentes y se sirven de ella para transmitir unos ciertos valores al mayor número posible de personas.

En este sentido, mientras que en las posiciones altas se habla de hegemonía, en las posiciones bajas se alude a la contrahegemonía como método de resistencia ideológica (Williams, 1977).

Sin embargo, el punto de inflexión entre ambas se encuentra en la apropiación de la norma que confiere reconocimiento por parte de la mayoría social a través de discursos legitimados. De este modo, la fracción que se apropia de la norma y, por ende, se la identifica con aspiraciones legítimas y reales es la fracción hegemónica. Mientras tanto, las fracciones activas luchan en un plano simbólico por ejercer su influencia tanto hacia las

capas bajas como hacia las capas altas, pues tal y como plantea Moscovici (1991), la influencia se ejerce en dos direcciones: de la mayoría a la minoría y de la minoría a la mayoría.

Hasta aquí se han descrito los dos ejes que se representaban en forma de esquema y las correspondencias entre ellos, donde las fracciones y estratos sociales se pueden insertar en los compartimentos sociales. Estos, como ya se ha mencionado, se mantienen estáticos en el sentido de que unos compartimentos no se pueden desplazar integrándose en otros. Sin embargo, las fracciones y estratos sí son móviles y permiten una gran fluctuación en el espacio social. De esta manera, el investigador puede insertar a las personas a las que estudia en una fracción o estrato según sus prácticas y, posteriormente, ese grupo se corresponderá con un compartimento social en función de los capitales que posea.

Ahora bien, las propiedades que construyen los compartimentos no son igual de trascendentes en todas las investigaciones, de manera que si el sociolingüista se preocupa del uso de la lengua en sociedad, a la hora de delimitar los compartimentos sociales deberá privilegiar aquellos factores directamente relacionados con el uso de la lengua en sociedad, tales como el capital lingüístico.

En consecuencia, dependiendo de las propiedades que se seleccionen así como de los otros dos factores de la tríada del reparto —volumen de capital y trayectoria—, los agentes ocuparán una determinada posición en el espacio social, representada en este modelo por la estructura de prácticas. Así queda constituido este eje en el que las relaciones de mercadeo lingüístico son la base de la movilidad social. Los recursos lingüísticos que poseen un carácter semiótico proporcionan mayor o menor grado de movimiento a través de los dominios espaciales (Blommaert, 2010), convirtiéndose en el motor de movilidad social de la estructura de prácticas. Las personas invierten sus recursos lingüísticos y según el grado de operatividad de estos, los agentes sociales se desplazan hacia unas fracciones/estratos u otras.

Esta relación de mercadeo es una relación de posiciones en la medida en que las personas que ocupan una posición social similar disponen de recursos lingüísticos y semióticos semejantes que invierten para desplazarse de unas fracciones/estratos a otras (Bourdieu, 2001). En este momento, cuanto menos distancia haya entre los agentes sociales, mayor será la probabilidad de que lleven a cabo acciones conjuntas mediante, nuevamente, la inversión de sus recursos (Bourdieu, 1984). Como consecuencia, la estructura de prácticas puede transformarse de manera que las fracciones y los estratos se desplacen ocupando nuevas posiciones. Así, la distancia entre las posiciones sociales de varios agentes determina la durabilidad de esas conexiones (Bourdieu, 1987), de tal manera que las fracciones sociales, en las que los individuos están más próximos entre sí, constituyen alianzas más consistentes que los estratos sociales, en los que hay mayor dispersión.

Si bien en el mundo real las fronteras entre los grupos sociales son muy dispersas y poco claras, en el plano teórico, los ejes con los que se está trabajando aportan unas divisiones que ayudan al investigador a limitar tipos de grupos entre las personas a las que estudia. De una parte, la estructura de propiedades se divide atendiendo a los capitales; de otra parte, en la estructura de prácticas lo que determina los cortes entre fracciones y estratos es la probabilidad de realizar acciones conjuntas entre los miembros.

Conclusiones

A lo largo de este artículo se ha presentado y explicado un modelo de clase social entendido como una herramienta de investigación en sociolingüística. Esta propuesta no pretende contribuir a la discusión sobre la existencia de clases sociales en la realidad sino aportar un instrumento analítico que establezca ciertas categorías y conceptos que, estructurados en torno a dos ejes, permitan al investigador ordenar las distintas dimensiones de la clase social.

Este modelo consta de dos ejes, la estructura de propiedades y la estructura de

prácticas, que toman los nombres de los factores cruciales que edifican su composición — las propiedades o capitales, y las prácticas, respectivamente. El primero de estos ejes no permite la movilidad de los compartimentos sociales que lo conforman mientras que el segundo se caracteriza precisamente por los continuos desplazamientos de las fracciones y los estratos sociales que lo conforman. De esta manera, se aporta un modelo que, guardando las características fundamentales, pretende ser abierto para que el sociolingüista lo adapte tanto a su propio entendimiento del mundo como a los requerimientos de su investigación.

Bibliografía

- Bachelard, Gaston (1967) [1934, 1ª edición]. *La formation de l'esprit scientifique. Contribution à une psychanalyse de la connaissance objective*. París: Librairie philosophique J. Vrin.
- Bernstein, Basil (2003) [1971, 1ª edición]. *Class, Codes and Control. Vol. 1: Theoretical Studies towards a Sociology of Language*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Block, David (2014). *Social Class in Applied Linguistics*. Londres: Routledge.
- ____ (2017): Inequality and class in language policy and planning. En Tollefson, Jon J. & Miguel Pérez-Milans (eds.): *The Oxford handbook of language policy and planning*. Oxford: Oxford University Press.
- Blommaert, Jan (2010). *The Sociolinguistics of Globalization*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bourdieu, Pierre (1979). *La distinction, critique sociale du jugement*. París: Les Editions de Minuit.
- ____ (1984). Espace social et genèse des “classes”. *Actes de la recherche en Sciences Sociales*, 52 (1), 3-14.
- ____ (1987). What makes a social class? On the theoretical and practical existence of groups. *Berkeley Journal of Sociology*, 32, 1-17.
- ____ & Wacquant, Loïc (1992). *Réponses pour une anthropologie réflexive*. París: Seuil.
- ____ (1994). *Raisons pratiques. Sur la théorie de l'action*. París: Le Seuil.
- ____ (1997). The forms of capital. En Halsey, Albert Henry *et al.* (eds.), *Education: Culture, Economy and Society*. Oxford: Oxford University Press, 46-58.

- ____ (2001) [2000, 1ª edición]. *Poder, derecho y clases sociales*. Trad. Benuz Beneitez, M^a Jesús et al. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Coupland, Nikolas (1984). Accommodation at work: Some phonological data and their implications. *International Journal of the Sociology of Language* 46: 49-70.
- ____ (2007). *Style. Language Variation and Identity*. Cambridge/New York: Cambridge University Press.
- Dahrendorf, Ralf (1959). *Class and Class Conflict in Industrial Society*. Stanford: Stanford University Press.
- Debray, Régis (1981). *Critique de la raison politique*. París: Gallimard.
- Durkheim, Émile (1967) [1893, 1ª edición]. *De la division du travail social. Livre 1*. París: Les presses universitaires de France.
- Eckert, Penelope (2000). *Linguistic Variation as Social Practice: The Linguistic Construction of Identity at Belten High*. Oxford: Blackwell.
- Gramsci, Antonio (1967) [1963, 1ª edición]. *La formación de los intelectuales*. Trad. González Vega, Ángel. México DF: Grijalbo.
- Labov, William (2006) [1966, 1ª edición]. *The Social Stratification of English in New York City*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lorenzo Cadarso, Pedro Luis (2001). Principales teorías sobre el conflicto social. *Norba. Revista de Historia*, 15, 237-254.
- Marx, Karl (1976) [1867, 1ª edición]. *Capital. A Critique of Political Economy, Vol. 1*. Nueva York, NY: Vintage Books.
- ____ & Engels, Friedrich (2009) [1848, 1ª edición]. *El manifiesto comunista*. Barcelona: Sol 90.
- Moscovici, Serge (1991) [1979, 1ª edición]. *Psychologie des minorités actives*. Trad. Rivière, Anne. París: Les presses universitaires de France.
- Parsons, Talcott (1966). *Societies: Evolutionary and Comparative Perspectives*. Nueva Jersey: Prentice-Hall.
- Polanyi, Karl (2001) [1944, 1ª edición]. *The Great Transformation. The Political and Economic Origins of our Time*. Boston MA: Beacon Press.
- Poulantzas, Nicos (1968). *Pouvoir politique et classes sociales de l'état capitaliste*. París: Maspéro.
- ____ (1973). *Clases sociales y alianzas por el poder*. Trad. Aguirre, Máximo. Zero: Bilbao.
- Rampton, Ben (2006). *Language in Late Modernity: Interaction in an Urban School*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rickford, John R. (1987). Social class groupings in sociolinguistic research. *American Speech*, 62 (3), 281-285.

- Saint-Simon, Henri (1821). *Du système industriel*. París: Antoine-Agustin Renouard.
- Schumpeter, Joseph (1984) [1951, 1ª edición]. *Impérialisme et classes sociales*. Trad. de Segonzac, Suzanne & Bresson, Pierre. París: Flammarion.
- Snell, Julia (2012). Stancetaking and social hierarchies: Using local dialect to construct the pre-adolescent social order. *Working Papers in Urban Language and Literacies. Paper 96*, 1-26.
- Theodoropoulou, Irene (2014): *Sociolinguistics of Style and Social Class in Contemporary Athens*. Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins.
- Thompson, Edward P. (1978). Eighteenth-century English society: class struggle without class? . *Social History*, 3 (2), 133-165.
- ____ (1980). *The Making of the English Working Class*. Harmondsworth: Penguin.
- Weber, Max (1968) [1922, 1ª edición]. *Economy and Society. Vol. 1*. Berkeley CA: University of California Press.
- Williams, Raymond (1977). *Marxism and Literature*. Oxford: Oxford University Press.